



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Optimismo.

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO

POR

Luis Taboada

CARTAS DE ACTUALIDAD

POR

Piacro Irhysoz.

¡ADIÓS, LAVAMANOS!

POR

Eduardo de Palacio.

EL FIN DE UN SIGLO

POR

Angel R. Chaves.

EL DOLOR DE MUELAS

POR

José Estremera

DESDE VILLAPELONA DE ABAJO

POR

Juan Pérez Zúñiga

CANTARES

POR

Ricardo J. Catarineu.

EL JURAMENTO

POR

Manuel Soriano.

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS



GRABADOS

OPTIMISMO

AMOROSAS... DE VERANO

(dos viñetas)

EL FIN DE UN SIGLO

(dos viñetas)

EL DOLOR DE MUELAS

(cinco viñetas)

VANIDAD HUMANA

REFLEXIONES

(dos viñetas)

POR

Cilla



—Pues señor, los balnearios llenos de gente, toros en todas las capitales de provincia y pueblos importantes, ferias y fiestas en media España, batallas de flores, carreras de caballos y fuegos artificiales en la otra media... Y ni un mal motín ni una mala muerte alevosa. ¡Luego dirán que estamos perdidos y á dos dedos de la miseria y de la destrucción general!



DE TODO UN POCO

Crónica portuguesa.

Aquí carecíamos de un elemento importante, reconocido hoy por todas las naciones como de absoluta necesidad para el alma: el elemento músico.

Y el propietario del Casino Español, que se desvive por complacernos, se ha traído de Madrid un *trío* (piano, violín y violoncello)

para amenizar nuestras horas. Desde que ha llegado el *trío*, la colonia española acude en masa á dicho centro, y allí se extasiaba escuchando á los distinguidos profesores Carayantes, Bey y Chané, que ejecutan con singular perfección piezas escogidas del repertorio nacional y extranjero.

Esta innovación en las costumbres figuerenses ha sacado de sus hogares á muchas familias que pasaban las veladas alrededor del mal oliente quinqué casero; y los que antes se metían en la cama á las nueve en punto, acuden ahora al Casino, para saborear la música de Gounod y Barbieri, y aplaudir la maestría de los artistas que la interpretan.

Da gusto ver cómo se entusiasman los portugueses oyendo la fantasía de *Pan y toros*, y cómo salen de su natural quietud los vecinos de Cabezada de Abajo cuando llega á su oído el *Potpourri* de aires españoles que ejecuta el *trío* todas las veladas en medio de ruidosos aplausos.

Hace pocas noches que un honrado bañista de la provincia de Cáceres rompió á llorar mientras los músicos tocaban el fandango, y sin poderse contener cogió por el cuello á su señora, que se sentaba á su lado, y la soltó tres ósculos en diferentes sitios del rostro.

—¿Qué es eso, don Quiterio?—le preguntamos sorprendidos.

—Es que cuando oigo las cosas de mi patria no me puedo contener, porque me acuerdo del tabaco español... ¡Ay, sí! Siempre que se nos recuerda á la patria, pensamos todos en el tabaco, porque el de aquí—triste es tener que decirlo!—saba á flor de malvas; de modo que cuando llega un español le rodeamos todos para pedirle un pitillo, aunque sea de los de á 25 céntimos la cajetilla.

—¿Trae usted mucho tabaco?—se le pregunta.

—Traigo siete paquetes—contesta alguno.

—¿Y cómo ha podido usted introducirlos?

—Yo traje dos, y los cinco restantes mi señora.

—¿Y dónde?

—Donde no puede decirse.

Es preciso valerse de todos los medios imaginables para burlar la vigilancia de los aduaneros. Hay español que trae el tabaco en las botas, y quien se lo confía á su mujer haciéndola pasar por embarazada á los ojos de los extranjeros. Sé de una señora que traía sujeto á la cintura un falgó de tabaco, á guisa de delantal interior, y los carabineros portugueses al verla no pudieron menos de decir:

—*Cuitadinhal Isa senhora leva dois filhinhos no ventre.*

Después se vió que no había tal embarazo ni tales *filhinhos*, y los de la aduana quieren formar un expediente para depurar el caso y ver si, en efecto, la señora ha dado á luz con posterioridad á su llegada y dónde ha arrojado á los recién nacidos.

En este punto las leyes portuguesas están terminantes. Todo el que introduzca fraudulentamente tabaco ó cualquier otro artículo sujeto á los derechos de aduana, incurre en grandísima responsabilidad. Aún no hace muchos días que tuvo que sufrir un arresto, sin perjuicio de abonar muchos miles de reis de multa, cierto español que conducía un cuarto de kilo de tabaco dentro del cañón de una escopeta.

Los guardias le condujeron á la *cadeia*, tomando todo género de precauciones, y allí ingresó en calidad de *criminoso terrível*. Antee de dejarle al lado de los demás delinquentes, un guardia le preguntó si mordía.

—No, señor, no muerdo—dijo el criminal.

—En ese caso, le queda á usted libre la boca; pero en cuanto haya la menor queja, la ponemos á usted bozal.

Mientras unos sufren los rigores de una condena, otros introducen tabaco valiéndose de los ombligos de la familia, y después se van á los toros, que son aquí cosa digna de veras.

El domingo tuvimos corrida, en la que tomaban parte *dois valentes y covajozos pretos* (negros).

Estos negros temidos se dedican á poner rejonas á pie firme y á bailar tangos delante del cornúpeto. Salen al redondel vestidos de máscara y comienzan por atraer al bicho con carantofías y contorsiones epilépticas. El bruto, con mejor sentido que ellos, vuelve la cara y busca la salida; pero no le sirve su buen acuerdo, y molestando por tanta loutería, arremete contra aquel par de mamarrachos y los tumba. Levántanse éstos y pónense á bailar como si tal cosa; embísteles de nuevo el toro y vuelven ambos á rodar, en medio del regocijo público. Después cogen los rejonas y se los clavan al bicho donde mejor les parece, no sin soportar tremendos topetazos. El mérito de la suerte consiste en clavar el rejón y dejarse caer delante de la cara, á fin de que el toro pase por encima del diestro... y los pisotee á su sabor, como así se ha verificado.

Los negros del domingo salieron de la plaza con los huesos convertidos en gelatina, y uno de ellos sacó la cara lo mismo que un sombrero hongo; tanto, que llegó al seno de su familia y le preguntaban sus chiquitines:

—Papá, ¿dónde te has dejado la nariz?

—*Na tourada*—contestó él, tratando de bajarse con los dedos la inflamación del rostro.

Mientras se verificaba la corrida, hubo su correspondiente bronca á la autoridad, ni más ni menos que si estuviésemos en España. Se había ordenado por la presidencia que el toro fuese retirado al corral; opúsose el pueblo soberano, y entonces los dos negros precitados abrieron la puerta por donde había salido el cornúpeto, y éste reapareció en el redondel. El alcalde ordenó á sus agentes que hiciesen cumplir los mandatos presidenciales. Nueva silba y nueva desobediencia por parte de los negros.

En fin, aquello era España en toda su genuina hostilidad á los preceptos de la ley, hasta que tuvo que bajar el alcalde á la barrera y conminar á los negros con el más terrible de los castigos, y sólo así se logró restablecer el orden... y los porrazos correspondientes.

De modo que al salir de la plaza no pudo menos de exclamar:

—¡Oh Portugal! Te reconozco; eres nuestro hermano legítimo. La unión ibérica está desde luego consolidada por el lazo común de nuestras aficiones y nuestros idénticos propósitos.

Luís Calçada.

CARTAS DE ACTUALIDAD

Almanario de Iturbaiceta.

Mi querido Director:
Por consejo del doctor que me asiste y me receta, sin buscar en tierra extraña cura á mi padecimiento, vine á este establecimiento, el mejor que hay en España.
¡Qué paisajes sorprendentes!
¡Qué inmensidad de horizontes y qué ríos y qué montes y qué prados y qué fuentes!
¡Qué puro y suave este viento!
¡Qué hermosa temperatura, y además... ¡qué baratura la de este establecimiento!

Las mejores medicinas para alivio de los males están en los manantiales de estas aguas cristalinas, pues es tanta su virtud y tan grande su bondad, que en cualquiera enfermedad se recobra la salud.

Hay un manantial que, en bruto, arroja agua á borbotones... ¡sobre docecientos millones de hectolitros por minuto!

Su historia, ó más bien su edad, no hay nadie que la recuerde, pues afirman que se pierde en la inmensa antigüedad; pero por un pergamino que conserva el propietario escondido en un armario y en espíritu de vino, se deduce claramente que aquí curaron sus males Virgilio, los Carvajales, *Asmodeo*, San Vicente, el rey moro Abdel-Azzur, Mendizábal, Chindarvinto, Regatero, Carlos quinto y el cura de Santa Cruz.

Son aguas muy digestivas, tónicas, refrigerantes, antibiliosas, purgantes, sódicas, depurativas y curan la blefaritis, la bilis, la blenorragia, la dispepsia, la hemorragia, la gota, la laringitis, las herpes, la escarlatina, la diabetes, la gastralgia, la hemoptisis, la neuralgia, la gripe y la tos ferina.

¡Qué curas tan prodigiosas las que en este balneario presenciarnos á diario con sus aguas milagrosas!

Mire usted, un magistrado que llegó hace pocos días, por hartarse de judías tuvo un cólico cerrado.

Bebió el agua al almorzar, como el doctor le ordenó, y en cuanto que la probó se le abrió de par en par.

¿Y un tartamudo de Egea que ha venido al balneario, la ha tomado un novenario... y ya no tartamudea?

¿Y la esposa de un fiscal de no recuerdo qué audiencia que por tener descendencia,

como es su bello ideal, vino con dos portugueses, tomó estas aguas muy frías... y á los quince ó veinte días se marchó de cuatro meses?...
.....

¡Y qué cocinal! ¿qué trato! ¡Qué orden tan admirable y qué dueño tan amable y qué precio... tan barato!

En fin, al pedir la cuenta para dejarla saldada, me han contestado que... ¡Nada! cosa que á mí me revienta.

Y aquí hago punto final. Hoy salgo en tren especial para *Aguas de Santa Irene*. Hasta el número que viene, su amigo—*El correspondiente*.

Por la copia,

Fuente Urdizog.

¡Adiós, lavamanos!

Sr. Director de MADRID COMICO y demás.

Muy señor nuestro y de nuestra mayor estimación verdadera: Quizás sabrá usted, con pena como nosotros, Sr. D. Sinesio, cómo nos quitan de la Puerta del Sol el lavamanos de familia, que ya se sabe que era, puede decirse, de «bienes de propios».

Esa medida, como usted comprenderá en su clara «penetrabilidad», perjudica á sinnúmero de familias de suyo limpias y á otros tantos caballeros que, si bien estamos de «pupilos» en las freacas arboledas de la Moncloa, «salones del puente de los Franceses» y otros hoteles cómodos y «confortíferos», no perdemos la costumbre de las abluciones en la Puerta del Sol.

Usted nunca se habrá lavado en el monumental pilón de la fuente que mira para D. Alberto Aguilera.

No sabe usted los servicios que presta, no solamente D. Alberto, que es un padrazo de los pobres, como le intuían varios amigos, sino la fuente.

Muchísimas personas y personajes de los más conocidos en la república de las letras y de las artes y de las armas, es un decir, «de la esgrima de calles», nos lavamos en el pilón municipal.

Es una comodidad para cualquiera.

Un caballero, avocinado en la calle del Carmen, muy conocido en Madrid y apreciado, se lavaba indefectiblemente en el pilón central.

Bajaba el hombre de su casa en camiseta y calzoncillos y con una toalla al hombro y en la mano una pastilla de jabón de olor, peines y cepillos para la cabeza y para los dientes.

Nos tratábamos ya como consocios y compañeros de aguas.

¡Qué hombre tan franco era aquél! No parecía lo que era: general en su pueblo, en Carracas ó en Chanchalsgua, no sé.

Nos saludaba á todos con euma franqueza.

Pero los guardias de seguridad no le permitieron que continuara frecuentando «nuestro círculo».

—¿Ustedes saben quién soy yo?—les preguntaba furioso.

—Razón de más para que tenga usted una «mijita» de vergüenza—replicó el guardia «de carácter», porque habrán observado ustedes que en esas parejas siempre va un individuo mayor de edad, saber y gobierno que su compañero.

El caballero, loco de ira, empapó primeramente la toalla en el agua del lavamanos de familia, y en seguida formó una especie de zurrigo económico y con él emprendió á zurrigazos con la seguridad pública.

Mire usted, D. Sinesio, es un gusto pasar la noche sentado en el borde del pilón, en compañía de los amigos y aun de algunas amigas, también socias y «conocias».

Me río yo de la Concha y de la Zurríola, como ellas mismas dicen: que están más frescas aquí, y en particular allí, en la Puerta del Sol, que en sus pueblos.

Son dos chicas, una de ellas de San Sebastián y otra de Cabra, que se denominan *Concha* y *Zurríola* respectivamente.

Por cierto que una querís ser normal, ó sea maestra de escuela, y no la dejó la familia, y otra se dedicó á pantalones, y cose para las afueras ó para fuera ó como se diga.

Si usted pasara, que no pasará, porque está claro que usted no lo necesita para refrescarse, por la Puerta del Sol, en las altas horas, vería usted personal y animación y alegría en los alrededores de la fuente.

En estas noches «calenturientas», aquello es un balneario vecinal y urbano.

Hay quien cena allí.

Así como les hay, entre aquel personal, que no cenar en parte alguna.

Quitar de allí la fuente para ponernos una farola de retreta, es antibigüenco y antiartístico y antimarítimo, si se quiere, y «retrospectivo».

Influya usted, hombre, en contra de esa iluminación impertinente.

Y gracias á no sé qué *chanchullo*, que dice un periódico, aún no se ha podido realizar el proyecto, que de lo contrario ya tendríamos la farola en lugar de la fuente.

Digo que, según parece, se llevan el pilón á no sé cuál ministerio. Es un abuso, ¿verdad señor de Delgado?

Por encargo del club correspondiente,

Eduardo de Palacio.

AMOROSAS... DE VERANO



—¡Sí, sí! ya conozco la clase. Al principio muchas carantofas; pero se les atiende, se les engorda un poco, se les hace ropita nueva... y se marchan inmediatamente.



—El caso es que casi todos los que pasan la dicen algo al oído, y luego se ríen á carcajadas. ¡Cielos! ¡si no será un ángel de candor como yo me había figurado!



El fin de un siglo.

(RECUERDOS DE 1694)

Hacia las dos de la tarde de un día en que dan comedia en las ya caducas tablas del corral de la Pacheca, guardándose de la lluvia en el quicio de una puerta por la que entrar no se mira ni una persona siquiera, á aquel zapatero Sánchez, que árbitro de nuestra escena fué no ha mucho acaudillando la mosquetería inquieta, cierto autor de compañía que, á mal con su escasa hacienda, el corral hace unos meses en arrendamiento lleva, más que por buscar consuelo por dar á sus iras rienda, de esta manera sus cuñitas en voz dolida le cuenta: —Ya lo estáis viendo, excusada se hace toda diligencia, que la voluntad más firme, si no se rompe, se mella. Aquel ilustre senado de que hablaban los poetas y que aún loas y entremeses de jasto y docto motejan, debió olvidar el camino que en épocas más risueñas hasta aquí le conducía á dar de buen gusto muestra. Este, que fué breve espacio para aquella turba inquieta que llenaba en otros días *bancos, gradas, y casaca*, hoy es desierta morada de arañas que festonean *barandillas y devanes* con sus polvorientas telas; y mientras en aquel patio que, fraguador de tormenta, con *vitoras* ó con *silbos* hizo estremecer la tierra, sólo los *alucadores*

ó dormitan ó bostezan por la ociosidad vencidos, de su tedio dando muestras, la multitud apiñada con ansia febril asedia la puerta de otros corrales donde, para el arte es mengua, en vez de las donosuras de Tirso y Lope de Vega, aplaude con entusiasmo necesidades ó torpezas que los más bajos histriones, con gozo del pueblo, mezclan del *Turdión* y la *Chacón* á las descocadas muecas. Si á esto queda reducida aquella traza soberbia que, asombro de gentes propias y envidia de las ajenas, esparció por todo el orbe la gloria imperecedera de aquel inmortal teatro de que sólo sombras quedan, ¿qué hacer? Dejar que en el polvo se sepulte nuestra escena, que antes que no deshonrada preferible es verla muerta.— Dobló el buen representante sobre el pecho la cabeza, lanzando un hondo suspiro, fiel delator de su pena. Sánchez le miró en silencio, le cogió la mano diestra y, con ese buen sentido que sólo da la experiencia, le replicó:

—Por muy justas tengo, Carrasco, unas quejas que, si á vos llanto os arrancan,

á mí sollozos me cuestan. Pero no busquéis tan sólo del vulgo en la inconsecuencia la causa que de estos sitios hace algún tiempo le aleja. Tirso, Calderón y Lope en regiones más serenas ciñen los verdes laureles conquistados en la tierra. De Alarcón, Moreto, Rojas y aquellos otros poetas que, si no les compitieron, les siguiera muy de cerca sólo bastardos retoños dan frutos, que con frecuencia por malsanos ó nocivos más matan que no alimentan. *Mariflores*, la *Amarilis*, la hermosa *Antandra*, *Josepa*, la *Calderona*, la *Rosa*, la *Besona* y la *Buñonera*, con *Olmedo*, *Arias*, *Morales*, *Juan Rana*, *Andrés de la Vega*, el *Bonico Figueron*, *Ramírez*, *Prado* y *Heredia*, ó ya de su vida el hilo cortaron las *Parcas fieras*, ó á forzado apartamiento la ancianidad les condena. ¿Qué mucho, pues, que aquí el vulgo no acuda ni aunque á la fuerza se apele de las cachillas de la real guarda chamberga? Nadie va donde se aburre, teneo Carrasco en cuenta, que más que comedia mala vale *sarabanda* buena. Y como ya no se escriben ni nadie las representa, no es raro que el vulgo acuda adonde solaz encuentra.— Tal dijo el buen zapatero, mientras de sus ojos seca dos lagrimones tamaños como cúpulas de iglesia. Y tomando de su amigo el brazo, con planta incierta los dos entraron al yermo del corral de la Pacheca.

Ángel R. Chaves.



El dolor de muelas.

Don Lesmes vivía escamado, pero muy escamado. Y no le faltaba razón, porque él no era joven y su mujer sí, y en cuanto a hermosura se diferenciaban muchísimo ambos cónyuges, con perjuicio del marido.



Además, él sentía de enyo, ó como si dijéramos por idiosincrasia, el roedor de los celos dentro de su corazón.

Por eso rababa cuando el médico recetaba á su señora aguas minerales.

«Que qué tienen que ver las aguas minerales con los celos? Mucho; porque en los balnearios se entablan relaciones íntimas entre los bañistas, de los que suelen formar parte jóvenes elegantes y distinguidos, por los cuales creía D. Lesmes que su señora tenía cierta predilección.

Aquel año estaban en Agass-Ricas, balneario que, como se sabe, es de los más concurridos entre todos los que no sirven para nada.

Desde los primeros días creyó notar D. Lesmes que Serafina (su mujer) miraba de cierta manera al marquesito de la Encrucijada y que el marquesito de la Encrucijada miraba de cierta manera á Serafina.

Y pensaba el buen señor:

«Yo me tengo la culpa, por haberme casado con ella sabiendo sus mañas. Ella vivía con su padre, y una noche en que á éste le dolían las muelas, aprovechando el estado de desesperación en que se encontraba el autor de sus días, que no le permitía pensar en nada, se fingió con el que después fué su primer marido.

«La vi, me enamoré locamente de ella. Ella dijo que estaba locamente enamorada de mí, y convinimos en la fuga.

«La cual se verificó una noche en que su marido estaba desesperado de dolores producidos por un raigón que le había dejado un dentista al sacarle una muela.

«A poco tiempo murió el marido, de la alegría que le había causado aquella fuga. Serafina y yo, postrados de hincos, dimos gracias al Eterno por el beneficio que nos había dispensado, y en seguida legitimamos nuestra situación.

«Y el caso es que, cuando yo era estudiante, le había oído cantar muchas veces á mi patrona aquella copla didáctica que dice:

Nadie compre mula soja pensando que sanará, etc.

«¡Ese marquesito!... ¡ese marquesito!...

«¡Y mi mujer que se pirra por la nobleza! A mí me ha obligado á ponerme el de antes de mi apellido, y ahora soy de Gazapo en vez de Gazapo á secas, como he sido los cincuenta y cinco primeros años de mi existencia... Conque... ¡no digo nada, si le gustará el marquesito!.

Y después de estas reflexiones se ponía á pensar en Otelo y en *El Tetrarca de Jerusalem*.



Tan preocupado andaba con todas estas imaginaciones, que muchas veces soía pensar en qué clase de muerte daría á su mujer en caso de infidelidad probada ó vehementemente sospechosa. Todas las existentes le parecían premios comparadas con la de que él quisiera ser ejecutor, y tenía los mismos deseos del marido de Desdémona, de estarla matando por espacio de muchos años.

Mas luego pensaba que Otelo mató á su cónyuge por sospechar solamente de su virtud y que, por lo tanto, él no debía precipitarse en ser lo que la ley llama *parricida*.

Con tales cavilaciones el pobre se iba poniendo más viejo y más feo cada día.

Y además, el ver que envejecía y afeaba tanto todavía le hacía envejecer y afear más. Con lo cual le ocurría lo que á aquellos estudiantes que no comían porque no tenían fuerzas para comer, y no tenían fuerzas para comer porque no comían.

No estaban sus dudas y tristezas en esto sólo: le sucedía además que no quería separarse de su mujer ni un solo instante por miedo al marquesito; pero al mismo tiempo pensaba que estando siempre cosido á la falda de la compañera de sus días, había de caer en espantoso ridículo, puesto que daría á conocer su triste situación de marido celoso y desconfiado.

¡Ah, qué vida! ¡qué vida aquélla!

Un día, estando afeitándose, al abrir la boca con objeto de estirar la piel para que la navaja hallara expedito el camino, vió en el espejo que tenía una mancha oscura en una muela.

Un sudor frío le corrió por todo el cuerpo.

Miró más detenidamente y vió que, con efecto, tenía una muela cariada.

Otro sudor más frío y más copioso volvió á bañar la epidermis del infeliz marido.

¡Horror, horror, horror! Aquella muela cariada había de dolerle algún día, y ya se sabe la influencia que el dolor de muelas tenía sobre la fidelidad de su señora.

Desde aquel momento se dedicó á registrar cómodas, á revolver baúles y á espiar los pasos de Serafina.

Y, en efecto, ¡estaba escrito! La muela tenía que dolerle... y le dolió.

Una tarde, á la hora del crepúsculo, empezó á sentir punzadas, que fueron poco á poco convirtiéndose en dolor, que se hizo agudísimo, insoportable, á la hora de cenar.

El paciente se paseaba por su cuarto de un lado á otro, se echaba en la cama, se llevaba las manos á la parte dolorida, metía la cabeza debajo de la almohada... ¡Todo inútil! El dolor aumentaba cada vez, y con él el recuerdo de las fugas de Serafina.

Sonó la campana que llamaba á cenar á los bañistas.

¡Qué horrible situación para D. Lesmes! Ir al comedor era completamente imposible. Dejar á su mujer sin cenar, con el pretexto de que á él le dolían las muelas, era ridículo... Por otra parte, el marquesito se sentaba á la mesa al lado de la pérfida...

Después de muchas dudas, de celos acompañados por rugidos de dolor, pensó que lo menos ridículo sería quedarse él en su cuarto, dejar á Serafina que fuera á cenar, y que sucediera lo que Dios quisiera... es decir, lo que Dios no podía querer.

Así se hizo: fué á cenar Serafina, y en cuanto acabó volvió al cuarto y se acostó en su cama, que estaba próxima y paralela á la de su marido.

Apegaron la luz, y mientras ella dormía tranquilamente, él pensaba:

«El marquesito esta noche se habrá despachado á su gusto mientras cenaba. ¿Qué habrá dicho á Serafina? Y ella ¿qué le habrá respondido?... ¡Y yo con dolor de muelas! ¡Si habrán preparado la fuga!

A medianoche el dolor había cedido algo y D. Lesmes estaba acurrucado, en silencio y con los ojos cerrados, procurando dormir, cuando sintió que su señora se bajaba sigilosamente de la cama, se vestía á toda prisa, procurando no hacer ruido, y abría, por último, la puerta muy despacio para que no rechinará.

Al mismo tiempo oyó que alguien andaba por el pasillo... ¡Sería el marquesito! Sin duda el dolor de muelas surtía el consabido efecto.

Don Lesmes, ciego de ira, saltó de la cama, cogió una sombrerera de cartón y dió con ella á Serafina tan terrible golpe en la cabeza que, rompiendo la tapa, se le introdujo hasta el pescuezo.

La mujer hacía esfuerzos por sacar la cabeza de aquella funda,



pero el marido se lo estorbaba con tal fuerza que á poco espiraba por asfixia la desdichada esposa.



A la mañana siguiente salía D. Lesmes de su cuarto, tranquilo por haber tomado una resolución heroica, decidido á presentarse al juez y confesarle su delito, cuando en la escalera se encontró al marquesito, que dándole unas afectuosas palmaditas en la espalda, le dijo:

—¡Hola, querido! ¡De buena se libró usted anoche con no ir á cenar!

—¿Pues?— contestó distraídamente el flamante viudo.

—¡Nos dieron un congriol!... En fin, cómo estaría que casi todos los bañistas hemos tenido cólico esta noche.



—¡Es posible, señor marqués! ¡Miserable de mí! ¡Maldito yo mil veces!...

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque he matado á mi mujer... ¡por haber comido congriol!

José Estremera.

DESDE VILLAPELONA DE ABAJO

Querido amigo Sinesio: Todos los años te escribo desde el pueblo en donde paso los rigores del estío, y ogaño no ha de ser menos, por lo cual la pluma enristro y en un modesto romance mis impresiones te envío. ¡Qué año más calamitoso! Aquí todo está perdido, desde la cosecha de ajos hasta la mujer del síndico. Año tan malo como éste jamás le hemos conocido. Los frutales de los huertos producen frutos raquícos; árboles que daban antes melocotones gordísimos, ogaño dan azofaifas...

y se quedan tan tranquilos; los ciruelos dan alpiste, dan lentejas los olivos, las mozas dan calabazas y las viñas el gran timo, pues aunque hay cien, con sus uvas adheridas á un rabito podría formarse ogaño escasamente un racimo. El alcalde, que hoy no tiene solo un grano sobre el piso del granero, tiene doce muy cerca de los cachillos del pantalón. Los ganados (cosa rara) están perdidos. Los inocentes lechones tienen pálido el hocico; las cabras tienen ojeras y lanzan hondus suspiros;

las ovejas están sordas, pues padecen del *oidium*; los bueyes no sé qué tienen que andan siempre despacito; las mulas más distinguidas fallecen de garrotillo y hasta el sacristán se encuentra con esparavanes místicos. Los pozos están sin agua; hoy sólo hay agua en el vino, y hasta son los alimentos tan flojos, que da lo mismo echarlos en el estómago que echarlos en el bolsillo. No hay un real en todo el pueblo. Baste decir que un tal Pfo que á poco de mi llegada me daba siempre un cabrito de tres ó de cuatro meses, este año, en cuanto me ha visto, de tres ó de cuatro duros me ha dado un sablazo indigno. Te aseguro que esta villa va ogaño por mal camino: la fe entibiada, el impuesto

de consumos crecidísimo, la cultura por las nubes, por tierra los edificios... Los pájaros, que otros años deleitaban con sus trinos, hoy desentonan de un modo que da vergüenza el oírlos; las mujeres dan al mundo de tres en tres los chiquillos y hasta los mozos se arrojan al conyugal precipicio. En fin, todo está viciado, todo, todo está perdido! Únicamente el maestro de escuela, don Bernardino, es el que ogaño se encuentra mejor que nunca, y lo digo porque el catorce de Mayo falleció como un bendito, según dicen, de resultas de un cólico de guarismos. Esto es todo. Adiós, Sinesio; voy á coger unos higos á la huerta; por lo tanto, concluyo el romance y firmo.

Juan Pérez Suñiga.

Vanidad humana.



—Bueno, y ¿qué te dijeron ellas?

—Que no volviéramos á parecer por allí, porque tú con esas narices y yo con estos bultos asustábamos á la criada.

—Y tú ¿qué las dijiste?

—Que ya quisiera la criada un par de hombres como nosotros para los días de fiesta.

CANTARES

Piensen que no tengo duelos
porque no me ven llorar;
yo conozco á un millonario
que nunca ha gastado un real.

¶ Cuando vayas á olvidarme,
que me mates es mejor;
que á los muertos se les reza
y á los olvidados no.

Mientras tú me engañabas,
yo era dichoso.
¡Malditos los engaños
que duran poco!

Si tú fueras penitente
y yo fuera confesor,
¡qué larga la penitencia!
¡qué larga la confesión!

Solo y á orillas del río
me puse á considerar
la crecida que tendría
si yo pudiera llorar.

Para matarme las penas
salgo al bosque á pasear,
y voy mirando á los nidos
¡y pienso en el gavilán!

El alma sin esperanzas
es como un día sin sol:
si la luz se echa de menos,
en cambio no hace calor.

Los que saben que me matas
se burlan porque te adoro.
¡Todos adoran á Dios
y es el que nos mata á todos!

¡Qué monótona la lluvia!
¡El cielo, qué encapotado!
¡Qué hermosa noche, morena...
para pasarla á tu lado!

Es el pensamiento mío
un amigo pegajoso;
tengo ganas de morirme,
á ver si me deja solo.

Ricardo J. Catalinou.

EL JURAMENTO

Sin embargo de que era Rosalía
excelente mujer y tierna esposa,
por desgracia, tenía
el defecto fatal de ser celosa;
y aunque el cielo le había concedido,
queriendo dar á sus virtudes premio,
en Andrés un marido
que era sin duda lo mejor del gremio,
sufrió la infeliz ansias mortales,
porque vivía en el error profundo
de creer que tenía por rivales
á todas las mujeres de este mando.
Se explican los desvelos
que sufren los celosos con sus celos;
porque no siendo cosa extraordinaria
que al más cuerdo los celos vuelvan loco,
á través de una lente imaginaria
ven siempre lo que existe... y otro poco.

Se murió Rosalía
porque á Dios le convino que muriera,
ó porque ya le había
llegado á ella también su hora postrera;
pero antes de morir, ya en la agonía,
exigió á su marido el juramento
de que no volvería
nuevo amor á ocupar su pensamiento.
Y él juró, decidido
á cumplir, como bueno, lo ofrecido,
por el que está en la gloria
ser fiel constantemente á su memoria.
«Pues si faltas, Andrés, á lo jurado
(dijo ella con acento indefinible),
por el cielo te veas condenado
á sufrir el suplicio más horrible.»
Y murió Rosalía
como se mueren los que en Dios esperan,
igual que moriría
un ángel, si los ángeles murieran.

Poco tiempo después, pero muy poco,
Andrés enamoróse como un loco
de una mujer escultural, divina,
de ojos negros, ardientes...
pues, según testimonios evidentes,
donde muere un amor, otro germina.
Y sin perder momento,
olvidando el sagrado juramento
hecho en trance angustioso,
se casó nuevamente, y fué dichoso.
Porque si todo aquel que jura en falso
mereciera la pena de un cadalso,
¡me atrevo á deducir de lo que he visto
que ya estaría ahorcado todo Cristo!

Es claro como el día
que Andrés obró muy mal; pero es lo cierto
que, á ser Andrés el muerto,
hubiera hecho lo mismo Rosalía.

Manuel Soriano.

REFLEXIONES



—¡Rediós con el tío éste! Me llevó el otro día á la cárcel por blasfemo... ¡y había que oír las cosas que iba diciendo él por el camino!



—Seis años llevo pasándome aquí, en la portería del ministerio, cuatro horitas diarias. Dicen que con paciencia se gana el cielo... ¡El cielo sí se ganará, pero lo que es un destino de seis mil reales!

CHISMES Y CUENTOS.

EXCMO. SR. D. ALBERTO AGUILERA.
(Ministro de la Gobernación.)

No vaya V. E. á creer que aprovecho el ameno vagar de las vacaciones parlamentarias para atreverme á dirigirle estas «mal perjeñadas líneas», con la esperanza de que atienda y despache mi solicitud, ahora que no tiene V. E. otra cosa que hacer que las elecciones de diputados provinciales.

Aunque estuviera ardiendo la Península por los cuatro costados, y merodearan por su territorio millares de foragidos, y la más tremenda revolución política ó social que hayan presenciado los siglos amenazara dar al traste con el actual «orden de cosas», lo mismo elevaría á V. E. mi voz humilde en demanda de justicia eficaz y pronta, por tratarse de asunto que no cede en importancia á los más hondos trastornos políticos ni á las catástrofes más tremendas.

Ello es job insignis D. Alberto!, que acabo de leer lo que sigue en algunos de los periódicos de mayor circulación de esta corte:

«El gobernador civil ha pasado una comunicación á los diferentes empresarios de los teatros de Madrid prohibiéndoles que en las obras que se ejecuten salgan á escena personajes con el uniforme militar.»

Así, en seco.

Y ahora yo, el último y más insignificante de sus administrados, espero de la reconocida amabilidad y el bondadoso corazón de V. E. que, de buena manera y sin ofender al señor duque de Tamames, le haga entender que en todas partes se puede meter la autoridad gubernativa... menos en los checos.

De paso puede V. E. averiguar, con la cachaza y la paciencia que estas arduas cuestiones requieren, en qué ley, cédula, reglamento, real orden, bando ó rescripto del príncipe se ha apoyado el Excmo. Sr. Gobernador civil de esta provincia para adquirir la sospecha de que sus atribuciones le permiten intervenir en los asuntos, caracteres, plan, escenas y tipos de las obras dramáticas, cuando su misión se reduce simplemente á cuidar del orden de los espectáculos.

Porque bueno será advertir á V. E., aunque no es de suponer que lo ignore, que con ese volante ó comunicación del gobernador civil, que parece que no importa tres cominos, se ha venido á tierra, de golpe y porrazo, la mayor y más lucida parte del teatro español contemporáneo, y es

verdaderamente una lástima que por la sola voluntad del señor duque de Tamames se desquicie, desacomponga y desentenderne la literatura dramática, relegando al olvido obras de nuestros ilustres, que no cito porque de memoria sabrá sus nombres V. E.

Piense V. E. que, sentado ese precedente, mañana á otro día puede sustituir al señor duque de Tamames otro gobernador que prohíba, por sí y ante sí, con la misma justicia y razón, sacar á escena médicos, abogados, caseros, patronas, curas, ingenieros, periodistas, etc., etc., y dé al traste indirectamente con el trabajo acumulado por una porción de generaciones.

Piense V. E. que si, como es de temer, la orden prohibitiva se extiende á las restantes manifestaciones del arte, el campo de la escultura y de la pintura va á redacirse extraordinariamente y quedará cerrado al fin, por el sistema expuesto en el párrafo anterior.

Y piense por último V. E. que, á haber regido en tiempo de Calderón de la Barca (en plena monarquía absoluta) semejante orden absurda y tiránica, á estas horas no existiría en el mando, entre mil y mil joyas literarias, una maravilla intitulada *El alcalde de Zalamea*, que ha dado á la nación más gloria que todos los gobernadores civiles de todas las provincias, pasados, presentes y futuros.

* *

Yo no sé lo que harán ahora los autores dramáticos, entre los cuales se cuentan, dicho sea de paso, exministros, diputados, médicos, ingenieros, militares de alta graduación y de distintas armas, abogados, periodistas notables y, en fin, representantes de todas las fuerzas vivas de la nación.

Pero spongo que no harán nada, porque conozco el paño.

Y me induce, además, á creerlo así el hecho de que los periódicos, de cuyas redacciones forman parte autores de nota, se hayan limitado á dar la noticia sin comentarios, como si importara un rábano la cosa, ó se tratara de la salida á baños de un Fernández con su familia.

De todos modos, V. E. debe parar mientes en cuanto llevo dicho, y procurar convencer al Excmo. Sr. Gobernador de la provincia para que deje sin efecto esa comunicación inmediatamente.

Y por si acaso V. E. no lo intenta, ó si, intentado, no lo logra, conste al menos, para que no alcancen á todos las burlas y la chacota de las generaciones venideras, que ha habido un modestísimo periódico semanal que ha protestado con todas sus fuerzas de semejante absurdo.

Y aprovechamos la ocasión para participar á V. E. que creemos que sobre los gobernadores civiles, cuya autoridad convencional y efímera no se extiende más allá de cuatro casuchas; sobre los gobiernos, que levanta y derriba el más ligero soplo de tormenta; sobre la nación, en fin, que desmoronan y desfiguran las batallas y los siglos, está el arte (el verdadero arte, por de contado), eterno, universal y divino, con sus fueros inviolables, sobre los cuales no puede ni debe caer nunca ningún bastón con borlas.

* *

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Ladovico.—Se publicará y pronto, haciendo algunas variaciones para evitar, en lo posible, ciertas asonancias.

X. X. X.—Tiene no inconveniente. Que una cosa parecidísima á ésa hizo y publicó José Borrás en diferentes sitios, hace bastante tiempo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑIA COLONIAL
TAPIOGA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



Firracari.—May mediano todo desgraciadamente.

Un gracioso.—Las menudencias no tienen novedad alguna, el soneto es humorístico del antiguo sistema y la *Comedia* peca de candorosa é inocente.

El Burro.—¡Rediez con el pseudónimo! Y ¡recontra con la composición! En fin, copiaré un poquito para que no se diga:

«Fuss señores
no lo entiendo
seis años llevo
de galanteos,
y aún no sé
si es que la quiero
ó si estoy enamorado
ó qué es lo que tengo.»

¡Lo que tiene usted es gana de quedarse con el divino Apolo!

Sr. D. A. R.—Madrid.—Incorreción es la versificación, inocente y sosa en el fondo y no muy corriente de ortografía, porque *subga* no se escribe sin *hache*.

El maestro bordonés.—La cosa tiene gracia ¡ya lo creo! Pero lo malo es que el cuento es viejísimo y más conocido que la ruda.

Pedáz.—El pecado no estuvo en irse de merienda, sino en contarlo después en unos endecasílabos que así se los lleven los demonios.

Reguinto.—Como no toque usted otra cosa mejor que las redondillas con pie quebrado, aviada tiene usted la música.

¿Lo sabrá?—El cuentecito ese de los sombreros lo ha copiado usted íntegro, y sin otra variación que poner devoto con b, de un almanaque de pared cualquiera. ¡Dios le conserve á usted el desahogo, para bien de la patria!

Froy Belladona.—Vulgares los cuatro cantares. En fin, con decir que en uno solo se juntan un par de pullas al casero y á la suegra...

Satmaquert.—Lo del abanico, si usted no lo toma á mal, es un poquito cursi.

Cosquillas.—Y no le va en zaga lo de la szucena que usted ha sacado á colación, como si estuviéramos en la infancia del arte y de la floricultura.

K. racoillos.—Pues... el único defecto de que adolece es que no tiene gracia, ni intención, ni propósitos de tenerlas.

Benito el portero.—Que, por lo visto, en los ratos que le deja libre el fregado de las escaleras hace versos como los siguientes:

«Había en mi pueblo
un cara retozón
que era muy aficionado
á tocar el tambor.»

¡Mire usted qué demonio tendrán que ver los retozos con el parche!

Circunstancias.—¡Por Dios! ¡cómo ha de servir, si ni por casualidad le ha salido á usted un verso como Dios manda! Para tomar la pluma hay que tener algo más que afición, porque con la afición sola se estrella uno indefectiblemente.

«Le fill de madame Angot.»—¡Pero si ya he recibido eso, y hasta se ha publicado algo en este mismo mes que se ha de comer la tierra!

Un valenciano.—Le falta corrección y soltura, y le sobran asonancias en cambio. ¡Váyase lo uno por lo otro!

Sr. D. F. A. A. y A. C. S.—Zaragoza.—¡Caracoles! Me ponen ustedes en un verdadero compromiso, porque es raro y anómalo el caso de firmar dos personas una sola composición, sobre todo cuando la colaboración no se desprende del texto. Arréglense ustedes como puedan y firmela solo quien tenga más derecho. No sea que después vayan á *tomarnos el pelo* á los tres los doscientos guasones que se pirran por esas bromas.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º
Teléfono 834.